



# CUENTO DE REYES

Por ENRIQUE MENENDEZ PELAYO

BIBLIOTECA NAC. MEXICO

Los dos niños eran a cual más gracioso y hechicero.

Luis llevaba a Carmen un año, y Carmen a Luis un dedo de estatura. Así que cuando Luis quería presumir de *mayor*, su hermana no se apuraba gran cosa, porque si él realmente lo era, ella en cambio lo parecía: total igual, como decía la niña echando atrás con picaresco mohín su hermosa melena.

Como digo, los dos eran muy guapos. El muchacho tenía los ojos grandes, osados, y negro también el pelo, el cual llevaba rapado como un romano, en señal de austeridad y desprecio del mundo. La niña, puesta al sol, era rubia y le brillaban como oro los ricitillos de la frente y la parte alta de la melena: en la penumbra, su pelo castaño casi llegaba a negro, y al sol y a la sombra era una monada de chiquilla.

El parecía, con aquella mirada altiva y aquel aire apuesto, querer mandar sobre todo un imperio, y así lo tenía pensado para cuando fuera grande. Ella, para entonces, se contentaría con mandar en su casa, que es el más grande imperio del mundo.

Cuando los chiquillos se dirigían a pa-

seo, custodiados por la vieja criada que ya había zagaleado a su madre, pues mis dos personajes florecieron en un tiempo en que aún no había hayas, Luisito llevaba un aire un poquillo pedante y Carmen otro un poco meditabundo. Así habían de ser luego en la vida.

Luis parecía un sabio; pero, bien mirado, no lo era: ella sí que lo era, aunque no lo parecía. El trataba de humillarla, y hacía la burla, porque en su colegio se *daba* una Geografía atroz de grande y la de la niña parecía un catecismo. Carmen le cedía de buen grado todos los laureles reservados al saber, y se limitaba la pobre a imponerle su santísima voluntad siempre que jugaban. El cómo sucedía esto no se sabe, pero lo cierto es que el gran geógrafo jugaba a las muñecas y a las casas, y dejaba dormir en su lecho de cartón más de tres docenas de soldados de diferentes armas.

La rubita, en fin, empezaba a mostrar aquel sexto sentido que un diputado andaluz echaba de menos en *su señoría*, y es el de *hacerse cargo*.

Claro está que Luisito no sabía nada de estos misterios, pues de otro modo no se hubiera visto quizás en la ridícula situación que he de contar para afrenta del sexo.

Era la víspera de los Reyes. Rezadas sus oraciones con toda la formalidad que podía exigirse en tal noche, dormían ya los niños, cuando un ligero ruido, que venía del gabinete inmediato, sacó a Luis de su sueño. Mas como, a par con el ruido, entraba por las junturas de la *portière* el resplandor de una luz, fué aplacando el miedo que en un principio sintió y haciendo lugar a la curiosidad.

Prestó, pues, atención, y, no bastándole toda la que ponía, ni tampoco alar-